

LA DISTRIBUCION DE LOS BENEFICIOS DEL COMERCIO EXTERIOR, SEGUN H. W. SINGER

En la reunión celebrada periódicamente por la Asociación Americana de Economía, presentó el notable economista H. W. Singer un estudio, en el año 1950, en el que delineaba, a grandes rasgos, la distribución de los beneficios del comercio exterior entre países prestamistas de capital, en general industrializados o adelantados, según la terminología corriente, y países deudores o prestatarios, no desarrollados o atrasados. El trabajo de Singer tiene aún un extraordinario interés, hoy acrecentado por haberse centrado en su tesis las ideas que propugnaban el desarrollo equilibrado de los países en situación económicamente deficitaria. En lo que sigue se pretende resumir la posición de H. W. Singer tal como él la expresó en la citada comunicación, posteriormente publicada en el número monográfico en el que la *American Economic Review* recoge los trabajos elaborados anualmente por la Asociación Americana de Economía.

En general se ha opinado que el comercio exterior revestía escaso interés para los países poco desarrollados. Los fundamentos de esta opinión arrancan de un análisis del volumen del comercio en relación con la renta nacional, de un lado, y de otro, de una observación más o menos detenida, sobre las cifras de ocupación en las actividades relacionadas con el comercio exterior o bien, finalmente, de la existencia de grupos cerrados fundamentalmente autárquicos, independientes de cualquier conducta internacional sobre comercio.

Este triple pilar, sobre el que descansa la afirmación de la escasa influencia del comercio exterior, es el que Singer ataca en primer lugar en su trabajo.

El espejismo de la cantidad y no de la calidad de las corrientes de tráfico impide que el primer tipo de razonamiento pueda

tener fundamental relieve. El análisis del censo de ocupación por ramas de actividad no analiza un hecho tan trascendental como es el de la productividad de las actividades internas y de exportación, por lo que las estadísticas de ocupación en los países poco desarrollados no reflejan de forma adecuada la importancia del comercio exterior, toda vez que la productividad de una persona empleada en el sector de exportación es generalmente un múltiplo bastante elevado de la productividad de cualquier otro obrero que se ocupe para la fabricación de productos consumidos en el interior. Las conclusiones que operan con porcentajes totales de ocupación son claramente erróneas porque lógicamente suponen, de forma implícita, que la productividad en el sector de exportación es prácticamente equivalente a la del sector interno; equivalencia que sólo es cierta en países desarrollados, donde los distintos sectores de la economía se encuentran en situación similar.

La existencia de grupos cerrados, finalmente, es minoritaria puesto que en el mundo actual son pocos los países en los que tales economías viven de hecho en alejamiento completo del mundo exterior.

Si esto es así, el comercio exterior no carece de importancia para los países atrasados. Singer pretende que, por el contrario, el comercio exterior tiene una importancia mucho más considerable para tales países que para los que se encuentran adelantados en el camino del desarrollo económico. Singer establece tres principios fundamentales: 1. Cuanto menor es la renta, más importante es el comercio exterior; 2. Las alteraciones en el volumen y en el valor del comercio exterior tienden a ser proporcionalmente mucho más violentas en los países poco desarrollados y por eso mismo alteran considerablemente la renta nacional en forma mucho más oscilante de lo ocurrido en países atrasados; 3. El poco volumen del comercio exterior, desde el punto de vista absoluto, no lo es desde el punto de vista relativo y ello hace que al ser reducidas las cifras de la renta, sea reducido el consumo en estos pueblos y pequeñas las posibilidades de capitalización. El comercio constituye para el consumo y para la capitalización de estos países fuerte apoyo y de aquí el interés

vital que toma cualquier variación en las corrientes con el exterior.

El comercio exterior, por tanto, es una pieza fundamental en la vida material de los países atrasados. Esta opinión de Singer contradice abiertamente la que ha sido más o menos tradicional y que sustenta el poco interés e importancia del comercio exterior. Expuesta esta opinión, Singer pasa a analizar cómo este comercio exterior ha afectado, comparativamente, la vida y el bienestar material de países adelantados y atrasados.

Hay un hecho de la mayor importancia que la simple observación del mundo exterior pone abiertamente de manifiesto y es la división en los países atrasados en dos grandes sectores, en sus tareas productivas: el que se consagra a las actividades de exportación y el que se dedica a la producción para el consumo y capitalización interiores. Se ha indicado que la productividad es más elevada, en el sector de exportación, lo que podría considerarse a primera vista como prueba definitiva a favor de un punto de vista sostenido por algunos economistas, de que el comercio exterior ha sido singularmente beneficioso para los países poco desarrollados, ya que ha contribuido a aumentar su nivel general de productividad, difundiendo el conocimiento de métodos más modernos y la utilización de técnicas más depuradas. Hecho que aparece concorde con la realidad pero, por desgracia, las grandes evidencias suelen llevar a graves errores. En efecto, conviene examinar, a este respecto, dos cuestiones: la de la propiedad de las industrias de exportación de los países atrasados y la de los costes de sustitución o posibilidades de producción alternativa de estos mismos países. Los elementos de producción dedicados a la exportación de los países poco desarrollados son, en su mayoría, propiedad de extranjeros, naturales de países industriales que realizaron inversiones en épocas pasadas. Suponiendo que esto sea así, podríamos concluir precipitadamente que el comercio exterior había beneficiado singularmente a los países poco desarrollados, ya que inversiones extranjeras han ayudado a estos países a la formación de capitales y la misma tiene los correspondientes efectos favorables que se originan por el proceso multiplicador. Tal punto de vista es erróneo. En efecto, económicamente hablando, todos los

elementos productivos utilizados por los países poco desarrollados son, en realidad, prolongaciones de los países inversores o capitalistas en mejor situación económica. Y así resulta que los principales efectos de la inversión (efectos secundarios derivados del proceso multiplicador) no se manifiestan íntegramente en tales países, sino que las ganancias vuelven, en su mayor parte, a los países de origen, según la naturaleza de la inversión y el comportamiento de los prestamistas.

Cuando el objeto de las inversiones es sostener nuevas fuentes de abastecimiento para la población de los países adelantados o aprovisionar de materias primas a su maquinaria industrial, las inversiones de estos países son en sentido estrictamente económico, internas, aunque por razones infraestructurales tengan que hacerse lejos de la nación geográficamente determinada. Son inversiones económicamente nacionales aunque geográficamente sean extranjeras. De esta manera, el comercio exterior no sería prueba suficiente para mostrar el beneficio de los países atrasados, sino simplemente una demostración real del comercio utilizado en beneficio de los países prósperos. La Economía de los países poco desarrollados no se incorporaría así al comercio internacional, sino que más bien serían los países industriales los que desgajasen sectores internos de los países atrasados en su propio beneficio.

Pero aún se puede ir más lejos si aplicamos el principio de coste de sustitución o posibilidades de desenvolvimiento alternativo al desarrollo histórico de los distintos países; la importación de capitales que los países poco desarrollados han realizado para convertir sus economías en fuentes de abastecimiento de alimentos y materias primas, dirigidos a los países industriales, puede haber sido ineficaz no sólo en el sentido de no proporcionar los beneficios que la inversión y el comercio exterior normalmente acarrearán, sino que puede haber sido nociva para el crecimiento equilibrado de sus economías. Es probable que las plantaciones de té de Ceylán, los pozos petrolíferos de Irán, las minas de cobre de Chile y la industria del cacao de la Costa de Oro, sean más productivas que las actividades agrícolas consagradas al abastecimiento del consumo interno de esos países, pero bien pueden ser tales actividades nocivas si se las compara con la industria que

habría podido desarrollarse si esos países no se hubieran especializado en la exportación de alimentos y materias primas, dando lugar a una producción cualitativamente deficitaria con un margen mayor de beneficios colectivos. Pensar en un futuro es siempre cuestión de especulación, pero no podemos dejar de lado tal posibilidad. En efecto, ¿no resulta acertado pensar que un desarrollo dirigido hacia la exportación haya absorbido lo mejor de la iniciativa empresarial y del ahorro nacional de los países poco desarrollados? Porque no tenemos que comparar lo que hoy existe con lo que fué, sino con lo que hubiera podido ser si se hubiese seguido otra vía alternativa para el desarrollo material. En principio puede aceptarse que el proceso de las inversiones tradicionales, intrínsecamente considerado, parece haber sido insuficiente para proporcionar un desarrollo interno que bastase a los países atrasados para mantener un nivel digno de vida.

Constituye un error grave pensar en términos de pura ventaja comparativa estética. Ello no se acepta ni por los países poco desarrollados ni aún en los países industrializados. En la vida económica de un país un elemento muy importante es el mecanismo mediante el cual una cosa conduce necesariamente a otra. De esta manera se comprende cómo la contribución más importante de una actividad económica: una industria, por ejemplo, no es lo que produce inmediatamente, como lo suponen gran cantidad de economistas y sobre todo los estadísticos, ni aún los efectos que en esta actividad tenga sobre otras ramas de vida activa del país; es decir, los beneficios sociales de la producción, punto expuesto con claridad por Marshall y Pigou a través del célebre argumento de las economías externas; el efecto más importante es el que las nuevas actividades provocan sobre una serie de variables tales como el nivel general de educación, de productividad económica, de medios de vida, de formación de hábitos, etc., quizá sea esta la razón por la que los países poco desarrollados desean universalmente la industria manufacturera. Ello sirve de punto de partida para un mayor conocimiento técnico, contribuye a la educación y al dinamismo en la actividad que ésta engendra, provocando, además, economías directas externas, según expresó con toda claridad A. Marshall. Es indudable que, en otras circunstancias, otras actividades como el

comercio, la agricultura, tanto de plantación como mixta, han probado ser eficaces medios de desarrollo, pero en la época presente la industria manufacturera carece de rival.

El comercio internacional y las inversiones que le acompañaron puede que hayan difundido equitativamente los beneficios entre los países poco desarrollados y los industriales (considerando ventajas comparativas estáticas). El comercio especializó a los primeros en exportación de alimentos y materias primas y los hizo contribuir a la concentración y desarrollo de industrias en los países avanzados. Pero tal proceso ha tenido evidentemente efectos distintos si pensamos, no en términos de ventajas comparativas estáticas, sino en el desarrollo histórico de los distintos países. Precisamente el argumento proteccionista de las industrias nacientes es un argumento ilegítimo basado en las afirmaciones expuestas.

Resumiendo: la especialización internacional concentró en los países poco desarrollados las tareas productivas de materias primas y alimentos, producciones que se llevaban a cabo como consecuencia principal de las inversiones exteriores. Tal mecanismo ha dividido desigualmente los beneficios del comercio por dos motivos:

1.º Porque ha trasladado a los países capitalistas la mayor parte de los efectos secundarios que la inversión normalmente tiene, y

2.º Porque ha encaminado a los países poco desarrollados hacia tareas económicas que ofrecían menos campo al progreso técnico al mismo tiempo que impedían la realización de economías internas y externas alejando del curso de la historia económica de estos países un factor central que revolucionó a la sociedad de los países industrializados.

Hasta aquí los argumentos derivados de lo que hemos expuesto, pero existe un tercero, de la mayor importancia, que ha contribuido a aminorar los beneficios del comercio exterior basado en la especialización de exportaciones de alimentos y materias primas para los países poco desarrollados. Este tercer factor se refiere a la relación real de intercambio.

Es un hecho histórico el que desde 1870 hasta hoy la tendencia de los precios ha marcado una dirección fuertemente contraria para los proveedores de alimentos y materias primas y ampliamente fa-

vorable para los vendedores de productos manufacturados. Las estadísticas pueden estar sujetas a objeciones y dudas de detalle, pero el hecho que demuestran concluyentemente es incontrovertible.

¿Qué significado poseen estas tendencias en los precios?

Puede desecharse la posibilidad de que estas relaciones cambiantes de los precios reflejen variaciones en el coste real de producción de los artículos manufacturados exportados por los países industrializados respecto del coste real de producción de los artículos alimenticios y materias primas. La evidencia demuestra que aún en los países poco desarrollados, la productividad antes bien ha aumentado en la producción manufacturera con más rapidez que en la producción de alimentos y materias primas, la posibilidad de que las relaciones de los precios pueden ser resultado tan sólo de la tendencia relativa de la productividad puede considerarse desechada por el hecho de que durante los últimos sesenta o setenta años el nivel de vida de los países industrializados ha crecido visiblemente con mayor rapidez que el nivel de vida de los países poco desarrollados, y ambos niveles de vida estaban determinados por la productividad relativa de la industria y la agricultura de forma general.

Desechando entonces los cambios en la productividad como factor determinante de la variación real de intercambio, se ofrece la siguiente explicación: los frutos del progreso técnico pueden distribuirse a los productores (en forma de mayores rentas) o a los consumidores (en forma de precios más bajos). En el caso de los productos manufacturados producidos en los países más desarrollados, el primer método, es decir, la distribución a los productores a través de más altas rentas, ha sido más importante que el segundo método, mientras que éste ha prevalecido en el caso de alimentos y materias primas producidos en los países menos desarrollados. Generalizando podemos decir que el progreso técnico de las industrias manufactureras se ha traducido en una elevación de las rentas, mientras que el progreso técnico en la producción de alimentos y materias primas en los países poco desarrollados se ha manifestado en una baja de precios. En general, no hay razón por la cual uno u otro de los métodos debiera preferirse. Existen unas supuestas diferencias en cuanto al mecanismo y efectos sobre la circulación

monetaria o la distribución de rentas, pero este no es asunto que nos afecte en la discusión presente, donde no consideramos las distribuciones interiores de las rentas. En una economía cerrada, el conjunto de productores y consumidores pueden ser considerados idénticos los efectos de los dos métodos de distribución de los frutos del progreso técnico. Aparecerían, simplemente, como dos maneras de aumentar la renta real que únicamente diferirían en la forma. Sin embargo, cuando consideramos el comercio exterior, la cuestión se presenta diferente: los productores y los consumidores no pueden seguir siendo considerados como un conjunto cerrado. Los primeros están en el país; los segundos, en el extranjero. Una elevación de la renta de los productores nacionales, en la medida en que tal incremento exceda de las elevaciones en la productividad, constituye una carga absoluta para los consumidores extranjeros. Aun en el caso de que la elevación de las rentas de los productores nacionales quede neutralizada por un incremento de la productividad, sigue siendo una carga relativa para los consumidores extranjeros, en el sentido de que ellos pierden parte o todos los frutos del progreso técnico en forma de más bajos precios. De otro lado, todos los frutos del progreso técnico se traducen en reducciones de precios a los consumidores extranjeros, los beneficios se transmiten paralelamente a los consumidores nacionales. No puede afirmarse, en vista de la notoria inestabilidad de la demanda de artículos primarios, que la baja de sus precios quede compensada por la mayor venta de tales productos.

Independientemente de la falta de presión de los productores para conseguir mayores rentas, hay otros factores que también han contribuido a la baja a largo plazo de los precios de los productos primarios en relación con los manufacturados. El progreso técnico opera inequívocamente en favor de las manufacturas (dado que el alza de las rentas reales genera incrementos más que proporcionales en la demanda de manufacturas), no teniendo el mismo efecto en la demanda de materias primas y alimentos. En el caso de los alimentos, la demanda no es muy sensible a los aumentos de renta real, y en el de las materias primas los progresos técnicos de producción manufacturera consisten en su mayor parte en la reducción de la cantidad de materias primas utilizadas por unidad de

producto obtenido, lo cual puede compensar el incremento de volumen de producción manufacturera. Esta falta de multiplicación automática de la demanda, acompañada de la baja elasticidad con respecto al precio de la demanda de materias primas y alimentos, trae como consecuencia grandes descensos de los precios, no sólo de carácter cíclico sino también estructural a largo plazo.

Puede entonces decirse que las inversiones extranjeras del tipo tradicional se amortizaban mediante el estímulo directo de las exportaciones de artículos primarios dirigidos al país inversor, ya sea de forma directa a través de relaciones bilaterales o indirecta, a través de las relaciones multilaterales, y además no sólo tenían efectos acumulativos beneficiosos en el país inversor sino que también los habitantes de estos países, en su carácter de consumidores, gozaban del fruto del progreso técnico en la producción de artículos primarios y al mismo tiempo, en su carácter de productores de manufacturas, aprovechaban, además, los frutos del progreso técnico íntegramente. Los países industrializados se han llevado la mejor de las partes, pues han sido a la vez consumidores de artículos primarios y productores de artículos manufacturados. Los países poco desarrollados llevaron la peor parte al ser consumidores de artículos manufacturados y productores de materias primas. Tal vez sea esta la base legítima para sostener que las inversiones de tipo tradicional (o sea en alimentos y materias primas) formaban parte de un sistema de imperialismo económico y explotación.

Prescindiendo de argumentos más o menos apasionados, resulta clara, de la anterior exposición, la tesis de que los beneficios del comercio y de la inversión internacionales no han sido equitativamente repartidos entre países industriales y atrasados. Los países industriales exportadores de capital han recuperado sus inversiones varias veces de las cinco formas siguientes:

a) A través de la posibilidad de aumentar sus exportaciones de manufacturas, y de esta forma transferir su población de ocupaciones de baja productividad a ocupaciones de alta productividad.

b) Han disfrutado de un impulso económico que las actividades industriales provocan en una sociedad progresiva.

c) A través de las economías derivadas de la mayor producción a medida que las industrias manufactureras se desarrollaban.

d) A través del beneficio que los frutos del progreso técnico procuraba en la producción primaria al ser los países industriales principales consumidores de materias primas.

e) A través de una contribución de los consumidores extranjeros de artículos manufacturados, al procurarles mayores rentas a los productores de dichos artículos.

Poco es lo que han obtenido los países poco desarrollados en contraste con esta lista formidable de beneficios contabilizados por los países industriales mediante el sistema tradicional de comercio con inversión internacional.

Es cierto, por supuesto, que ha habido dificultades en la transferencia por parte de los países poco desarrollados, pero el análisis anterior quizá contribuya a explicar el por qué este sistema tradicional de inversiones y comercio decayó tan rápida e irreparablemente en los años de 1929 y 1930. Los países industrializados han obtenido ya una efectiva recuperación de sus inversiones extranjeras, cobrando un dividendo bastante sustancioso. Cuando, además de los dividendos percibidos en las cinco formas anteriores, pretenden recuperar el principal, quizá estén pidiendo (desde luego en sentido económico, sino en el jurídico) un doble pago; intentan extraer un kilo de medio kilo.

La idea de que esta tendencia tradicional de los precios para los productores de materias primas ha tenido un cambio desde la pre-guerra está generalizada. Pero aun tomando esta última época que parece representar un cambio en la tendencia, un análisis detallado de la relación de intercambio desde la pre-guerra no justifica la idea de una alteración sustancial de la situación.

Esta creencia tiene sus fundamentos y es atribuible, en parte, a la composición anormal de las importaciones norteamericanas de artículos primarios en las que predomina el café, cuyo precio aumentó fuertemente al comienzo de la post-guerra, y en parte también a la idea generalizada de que el comercio entre países poco desarrollados y los industrializados se basa en un intercambio de materias primas de los primeros por bienes de capital de los segundos; en realidad, en las importaciones de los países poco desarrollados, el equipo capital presenta una proporción pequeña, debido, principalmente, a que las importaciones de los países poco

desarrollados requieren un cierto grado de inversiones nacionales complementarias para las que no existen recursos financieros internos, o aun existiendo son de difícil materialización. En realidad, la parte principal de las importaciones de los países poco desarrollados está constituida por artículos alimenticios, manufacturas, manufacturas textiles y por artículos de consumo manufacturados. Los precios de los alimentos importados por estos países, y en especial los precios de las manufacturas textiles, se han elevado en tal proporción en el período inmediato a la post-guerra que cualquier ventaja que estos países hubieran podido disfrutar en razón de los precios favorables obtenidos por las materias primas y de los más bajos de los bienes capital ha desaparecido. La creencia general antes señalada tiene también otro fundamento consistente en el examen de la relación real de intercambio para Gran Bretaña. Según es sabido, dicha relación real de intercambio ha sufrido un empeoramiento, de lo que se ha hecho una publicidad inusitada dada la importancia de la balanza de pagos inglesa en la estructura del comercio mundial. Sin embargo, no hay que olvidar que los cambios de post-guerra en la relación de intercambio de Gran Bretaña no representan simplemente cambios de precio, sino considerables alteraciones del volumen físico de comercio, es decir, aumento en las cantidades exportadas y disminución en las importadas. Estos cambios de volumen físico quizá explican la tendencia inversa para Gran Bretaña de la relación real de intercambio y no las variaciones en los precios. Creencia ésta que se fundamenta, además, en el hecho de que otros países exportadores de artículos manufacturados de Europa occidental no sólo no han sufrido empeoramiento de su relación real de intercambio, sino que, por el contrario, la han mejorado.

Llegados a este punto, vale la pena advertir la curiosa ambivalencia que tienen las relaciones de precios en el comercio internacional para los países poco desarrollados. Los buenos precios para las materias primas que se acompañan de un aumento en las cantidades vendidas, dan a los países poco desarrollados los medios necesarios para importar bienes capital y financiar su propio desarrollo industrial; pero, al mismo tiempo, estos buenos precios acrecientan los incentivos para desarrollar la producción agrícola y

ahogan las decisiones de invertir, tanto nacionales como extranjeras, dirigidas hacia la industria. Así, el grueso en la inversión se dirige hacia la expansión en la producción de artículos primarios. Cuando caen los precios y las ventas disminuyen, el deseo de industrializar se agudiza. Pero el deseo, desgraciadamente, no coincide con las posibilidades, puesto que la reducción de los precios de los artículos primarios frena la fuente de financiación de los procesos productivos industriales.

Los países poco desarrollados están en peligro de quedarse como el perro del hortelano, al no industrializarse en el periodo de abundancia, debido a que la situación es tan buena como podía esperarse, y al no industrializarse en periodos de escasez debido a que la situación es tan mala como podía esperarse. Indudablemente, es cierto que el hecho de no utilizar deliberadamente los ingresos provenientes de las exportaciones en un periodo de abundancia para la formación de capital, a causa de relaciones de precios transitorias, demuestra una falta de previsión deplorable. Ello es imputable a que los países poco desarrollados confían principalmente en la iniciativa particular, y toda actividad privada tiende a ser gobernada por relaciones de los precios actuales.

Si se acepta nuestro punto de vista, podría concluirse que las inversiones extranjeras, tal como se conocían antes de 1929, no han cumplido las funciones que se las atribuía. Sin embargo, sería precipitado aceptar esta conclusión. Únicamente se ha afirmado que las inversiones extranjeras del pasado y el tipo de comercio exterior que existió no lograron difundir la industrialización en los países donde las inversiones se efectuaron. No obstante, es posible que para estudiar totalmente este proceso tengamos que considerar no sólo países inversores y prestatarios, sino un tercer grupo adicional.

Es una teoría interesante aquella que señala que las inversiones europeas en el extranjero fueron el instrumento a través del que Norteamérica llevó adelante su industrialización. Los abastecimientos en alimentos y materias primas enviados a Europa permitieron que (dadas las ventajas anteriormente señaladas a este comercio) Europa alimentase, vistiese, educase, entrenase y equipase un gran número de emigrantes para enviarlos al extranjero, principalmente a Estados Unidos y Canadá. Así, los beneficios que los países de

Europa derivaron del sistema antes descrito fueron, a su vez, transferidos a Estados Unidos (situación inversa a la del Plan Marshall) y fueron la base principal para la enorme formación de capitales, de cuyo resultado vive hoy la economía norteamericana. Este análisis no queda en modo alguno refutado por el hecho de que el inmigrante tuvo como incentivo la esperanza de mejorar su nivel de vida en la tierra prometida.

Es importante citar aquí el interesante cálculo estadístico de Corrado Gini, a través del que se comprueba que la enorme acumulación de capitales, característica de la economía de Estados Unidos, no es más que el equivalente de las cargas de los bienes de consumo y los servicios tales como Sanidad, Educación y otros, incorporados a los inmigrantes, cargas que Estados Unidos pudo ahorrarse por el regalo que los países de origen de los inmigrantes le hicieron. Tal vez, como corolario, puede decirse que los beneficios del sistema tradicional de comercio que aquí hemos analizado no fueron íntegramente aprovechados por los países inversores de Europa, pero sí por los nuevos países industriales de Norteamérica. Si tal análisis es cierto, la industrialización de América del Norte fué posible mediante la inmigración, combinada con la apertura de otros países extranjeros poco desarrollados, a través de la inversión y del comercio europeos. En este sentido, el punto 4.º y la ayuda técnica de los Estados Unidos sería un gesto de justicia histórica y el pago de una renta correspondiente de los beneficios recibidos en su pasado histórico.

Tal vez sería útil resumir, finalmente, el tipo de medidas de política económica resultantes del análisis presentado aquí. La primera conclusión sería que el interés de los países poco desarrollados reclama una variación en las finalidades de la inversión extranjera y del comercio exterior. Las finalidades deberían ser definidas más bien como tendentes a producir cambios graduales en la estructura de las ventajas y recursos comparativos de los distintos países, en vez de desarrollar un sistema de comercio basado en las ventajas y recursos existentes. En esto reside, tal vez, la auténtica significación del movimiento actual que propone ayuda técnica a los países poco desarrollados. Este lugar especial concedido a la ayuda técnica puede interpretarse como un reconocimiento de que la actual

estructura de ventajas y recursos comparativos no puede ser, en forma alguna, base permanente para el comercio internacional del futuro.

En la medida en la cual el comercio sigue los mismos derroteros del pasado, los países poco desarrollados necesitarán imprescindiblemente la reinversión de las ganancias en los mismos países en los que se realizaron las inversiones primitivas o bien la absorción de las ganancias por medidas fiscales para utilizarlas en la financiación del desarrollo económico más conveniente; la tendencia creciente de la productividad en la producción primaria deberá ser absorbida por elevaciones en los salarios y otras fuentes de renta, y dirigida al ahorro interno para ampliar, a través del mismo, adecuadamente los mercados nacionales. Tal vez este último argumento sea la base lógica de la preocupación creciente que los países poco desarrollados muestran por la introducción de una legislación social avanzada. Los salarios más elevados y el bienestar social no son ciertamente un remedio muy recomendable contra una relación real de intercambio desfavorable, excepto en el caso en que el incremento de salarios y rentas lleve a una fortificación del ahorro y la inversión internos. La introducción prematura de salarios más altos y de servicios de bienestar social y, sobre todo, su aplicación indiscriminada a las industrias nacionales y a las de exportación, puede constituir un factor que impida el desarrollo económico y debilite el poder de contratación de los productos primarios. La absorción de los frutos del progreso técnico de la producción primaria es condición necesaria pero no suficiente, lo que se requiere es la absorción para su reinversión posterior.

Por último, la tesis sustentada en este trabajo nos dejará la lección de que la corriente de inversiones internacionales hacia los países atrasados, contribuirá a su desarrollo económico, siempre que se absorban íntegramente por el sistema económico de estos países, es decir, si se destina una corriente sustancial y generosa de inversiones complementarias y si se encuentran los correspondientes recursos internos necesarios.